



Tribuna libre

684673 p. 2.

El padre Alberto Hurtado

Hace unos cuarenta años, en las noches del invierno santiaguino se veía a un Padre (entonces los padres usaban solana), en una destartada camioneta, recorrer los puentes del Mapocho y convidar a los muchachos que allí intentaban capear algo el frío y la lluvia. Les ofrecía cobijo, una cama limpia y un plato de sopa y algún desayuno. No siempre aceptaban su invitación, pero lo fueron conociendo y entró en sus corazones hasta tal punto que lo consideraron suyo.

Era el padre Alberto Hurtado Cruchaga s.j. (societatis iesu — de la Compañía de Jesús).

Algún muchacho, temeroso de que lo fueran a entregar a los "tiras" o a los "verdes", se retacaba, pero los compañeros le decían: "El Padre no permite que los 'tiras' o los 'verdes' entren al Hogar de Cristo, puedes estar seguro". Y también los "verdes" comprendían que el Padre tenía "otros métodos" y la autoridad les había aleccionado que lo dejaran obrar.

No sólo alojamiento les proporcionó el padre Hurtado. Les consiguió también un hogar permanente. Nadie estaba allí obligado. El que quería irse, se iba. El que no quería volver, no volvía. Nadie iba a dar señas de él, nadie lo iba a ir a buscar.

¡Era de ver cómo se iban domesticando esos muchachos bravíos!

Uno no podía dormir sin luz prendida. A la pregunta del cuidador, respondió: "Yo siempre he dormido bajo un farol".

Un día oyeron algunos muchachos que el Padre estaba en apuros, que ya no le fiaban, que no tenía cómo pagar las cuentas... y llegaron a oír: "¡Si al menos tuviera cien pesos!". Como a la media hora llegó uno de esos pelusos. Llamó al Padre que secundaba al padre Hurtado y entregándole un billete le dijo: "Ahí tiene para sus apuros —y mostrándole otro, añadió: "el otro es para mí". Había ido por el barrio de la estación y había hecho su "trabajito".

¡Cuánto faltaba explicarle que ésa no era la manera de solucionar los "apuros": pero él lo encontraba lo más natural y replicó: "¿No le decía al Padre que estaba en apuros?".

Otro día bromeaba el padre Hurtado con esos chiquillos y ellos iban dando los nombres... "chamallentos", —dijimos—, que en su jerga daban a los objetos. Un bolsillo pequeño de arriba era "el boticario". Era precisamente el bolsillo donde el padre Hurtado solía llevar su reloj. El Padre reía con ellos y les decía que era muy difícil que alguien pudiera sacarle el reloj de ese bolsillo. Los muchachos sostenían que no era tan difícil... Cuando el Padre volvió a su residencia de San Ignacio, advirtió que no tenía el reloj. Llamó por teléfono al Hogar y escuchó una sonora carcajada: "¿No decía, Padre, que no se le podía sacar el reloj?".

El padre Hurtado amaba a esos muchachos desamparados.

Un día había dicho a unas señoras, a quienes daba un retiro espiritual: "Ayer he visto a Cristo que tiraba de frío...". Y siguió describiendo la miseria con que se había topado, ésa que nosotros nos "acostumbramos" (¡terrible costumbre!) a ver: hombres burgando en los tarros de basura, muchachos arrinconados junto a los perros para sortear la helada... Su palabra fue sobrecogedora. Allí mismo se juntaron billetes y joyas, y cheques y... nació el Hogar de Cristo.

Siete años después, en 1931, un año antes de la muerte del padre Hurtado, ese Hogar de Cristo había proporcionado cama 700 mil veces y había repartido un millón ochocientas mil raciones alimenticias. Había levantado varios locales para cobijar y transformar a centenares de muchachos... ya se habían gastado 18 millones de pesos.

El padre Hurtado no se afanaba sólo por remediar las



Alberto Hurtado Cruchaga, apóstol de los pobres.

necesidades inmediatas. Iba más adentro. Sabía que la caridad no basta, que hay que llegar a la justicia, que hay que cambiar las instituciones.

"Caridad sin justicia —escribió en sus últimos años— no salvará los abismos sociales, sino que creará un profundo resentimiento. La injusticia causa enormemente más males que los que puede reparar la caridad".

Y agregaba: "Al que se siente superior le halaga tomar una actitud de protector que lo coloca sobre el protegido. En cambio, la justicia coloca a todos los hombres en un pie de absoluta igualdad. El hombre, cualquiera que sea su situación, no quiere benevolencia sin justicia. Ningún otro sustituto puede satisfacerle. Estamos en una época que clama por la justicia..." (Humanismo Social, Pág. 138).

A los 51 años, carcomido por un cáncer, agonizaba, en estos días de agosto de 1932, en la Clínica de la Universidad Católica, el padre Alberto Hurtado. Su enfermedad y su muerte fue una transfiguración en el dolor. Él no se quejaba, aunque acabara de vomitar. Sonreía y agradecía cualquier servicio. Hasta el último recibió a todos los que llegaban hasta él. Alegó para esta acogida, su mal sin remedio. Quería servir hasta el último instante.

La esposa del presidente González Videla, que lo había ayudado en sus obras de bien, fue a visitarlo y al verlo tan feliz de partir al encuentro con Dios no pudo retener las lágrimas.

El obispo Manuel Larraín, en la oración fúnebre, dijo que la vida del padre Hurtado había sido "una visita de Dios entre nosotros". Hoy, 18 de agosto, se cumplen treinta años de esta "visita de Dios".

Miles de personas —y entre ellas aquel que le hizo la broma del reloj— se preparan para celebrar a este buen "Padre" que nos enseñó un camino más humano y, por lo tanto, más cristiano.

Ramón Ángel Cifuentes Grez s.j.

El Padre Alberto Hurtado. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Padre Alberto Hurtado. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile